

en nuestra memoria como Jesucristo bendito? ¿Y quien hay en el mundo que no deba por justa obligación no olvidar a Jesucristo? ¡Bendito seas Tú para siempre! ¡qué sufres Tú, Señor, que los hombres te olviden, y que no nos hundes debajo de tierra! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban cautivos, y por Ti son libres! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban condenados a muerte, y por tu muerte quedaron con vida! ¡Y que te olviden a Ti aquellos por quien Tú derramaste tu sangre, y aquellos que eran dignos del infierno, y por Ti se les abrió el cielo!

¡Oh hermanos míos! por reverencia del mismo Jesucristo que miréis esto y lo remiréis, cuánta razón tenemos de no olvidar a Dios, sino siempre acordarnos de Él, y que nunca de nuestra memoria se aparte; porque aunque verdaderamente murió, no ha de ser de nosotros olvidado como muerto, antes el camino, y medio, que halló para que no le olvidásemos fué morir por nosotros. Porque fué cosa de tanto precio su muerte, fué cosa tan alta y de tanto valor, que es digno de grandísimo castigo quien echa en olvido cosa tan grande.

Dirá alguno: ¡Oh Padre!, cosa recia es que tenga yo por Dios, y adore por Dios a uno que fué muerto de muerte tan abatida, como fué ser crucificado.

Mirad, pues, lo que el mismo Jesucristo dice por su boca bendita, que no puede mentir. No desmaye nadie, no tenga ningún temor pensando eso; que en tonces cuando tú piensas que más abatido está, y que menos gente lo ha de seguir, entonces está fuerte, y más esforzado para atraer a sí mucha más gente de la que antes tenía. Así andaban los fariseos muertos por hacer que no siguiese tanta gente a Jesucristo. ¿Qué remedio pensaron ellos? «Démosle muerte (*Jn.*, 11), y no cualquier muerte, sino muerte de cruz, muerte baja, muerte deshonrada. Subirlo hemos en la cruz, y no lo seguirá nadie; menospreciarlo han todos, tendránlo por hombre bajo, no creerán en Él.» Dice nuestro Redentor: «Así que, ¿pensáis que, porque yo muera, no tengo de tener quien me siga? Pues esperad (*Jn.*, 12): *Cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me.* Cuando fuere puesto en una cruz entre dos ladrones; cuando me pusieren en la cruz y me enclavaren en ella; cuando allí me dijeren deshonras y blasfemias, entonces yo los traeré todos a Mí, y no así como quiera, sino por una fuerza amorosa, y que ni

sepan cómo, ni cómo no, los traeré a Mí.» Así como la grana fina y el ámbar refregado atrae a sí a las pajicas, traerá a sí las ánimas de aquellos que pensaren en su Pasión.

Si quieres gozar de Jesucristo, si quieres gozar de la alegría verdadera de los ángeles, si quieres que tu ánima se alegre, llégate a la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y di con David (Ps., 24): *Introibo ad altare Dei; ad Deum qui laetificat juventutem meam*. Entraré al altar de Dios, aquel Dios que alegra mi juventud. Dios de alegría es, hermanos, no de tristeza; Dios de consuelo tenemos. Lleguemos al altar de Dios, a la cruz de Jesucristo. Allí, hermano, te has de llegar. ¡Oh cruz de Jesucristo! ¡Oh remedio! ¡Oh instrumento de nuestra redención! ¡Oh árbol santo! ¡Oh árbol digno de gran veneración, la cruz de Jesucristo! ¡Gran cosa! No hay cosa que así encienda un corazón tibio e indevoto, como la cruz de Jesucristo. ¿Quieres, hermano, que tu corazón arda en viva llama de amor de Dios? Toma una rajica de la cruz de Jesucristo. Unos piensan en la creación del mundo, otros en el cielo, otros en diversas cosas buenas; todo es bueno; pero es frío en comparación de la cruz. La cruz de Jesucristo hace hervir el corazón, arder el ánima en devoción.

5.—*Haced esto en memoria mía.*

¿Hay, por ventura, otro remedio? ¿Hízolo Dios? ¿Jesucristo dejó efectuada alguna cosa para que no lo olvidásemos? ¡Oh hermanos, y cuántas invenciones de amor usó Jesucristo para que nos acordásemos de Él y lo tuviésemos en la memoria! ¡Cuántas mercedes nos hizo, cuán extrañas y cuán sobre toda razón humana! Bendito sea Jesucristo, Redentor nuestro; bendita sea tu misericordia, y bendita sea tu bondad; bendígante, Señor, los ángeles; manda Tú que ellos te bendigan; bendícete Tú a Ti, alábate Tú a Ti, glorifícate, y ensálzate Tú a Ti por tan gran misericordia como con nosotros usaste en quedarte con nosotros en el Santo Sacramento del Altar.

«¿Qué haré—dice Dios—con esta gente tan olvidadiza, que no se acuerdan sino de lo que tienen delante, por mucho que con ellos he hecho? Heles mostrado mil maravillas, díles maná del cielo, saquéles agua

de la piedra abríles el mar Bermejo por do pasasen a pie enjuto, ahogué allí a sus enemigos, he hecho dos mil cosas por ellos, y todavía me olvidan; ¿qué remedio? Yo haré que no me olviden.»

—Catad, Señor, que os ponéis a mucho. ¡Es la gente tan olvidadiza! A mucho, Señor, os obligáis.

Acordó la eterna Sabiduría, para que nuestro olvido cesase, que el mismo Jesucristo se quedase acá con nosotros, para que en su presencia, teniéndolo delante, no lo olvidásemos.

Y también la Santa Madre Iglesia, alumbrada por Espíritu Santo, procura traerte siempre a la memoria la muerte de Jesucristo y la institución del Santísimo Sacramento. A la puerta de la iglesia está puesta una cruz; por las paredes muchas cruces; cuando te bautizan tantas de cruces; cuando confirman, con cruces; cuando dicen Misa hacen infinitas cruces; todo para que te acuerdes que Jesucristo murió en cruz. También manda la Iglesia que el viernes no comas carne. ¿Por qué piensas que es aquello? Para traerte en la memoria cómo en tal día como aquél la Carne de Jesucristo fué crucificada, y para que tú, por amor de aquella Carne, no comas carne, y hagas más penitencia que esotros días, te abstengas de pecar más que los otros días; pero también pecamos como si no lo fuese, y tantas maldades cometemos en aquel día como en los otros.

También viendo esto que no basta, quísose Él mismo quedar presente, y que digan tantas Misas, para que te acuerdes que el mismo Jesucristo se quedó por tu amor en el santo altar debajo de las especies sacramentales de este Santo Sacramento cuya fiesta hoy celebramos. Bendito sea Jesucristo por siempre, que hora ni momento no nos quitó de su memoria. Y para darnos a entender que se acordaba de nosotros, en el Jueves Santo en la Cena, en la víspera de su Pasión, tomando el pan en sus sacratísimas manos, alzando los ojos al cielo *dió gracias* al Padre. Bendito seas Tú por siempre. ¿Para qué, Señor, dabas Tú gracias al Padre? Hacíase el bien a nosotros, y como si Tú mismo lo recibieras, así le *das gracias* a tu Padre celestial; porque vieron, Señor, tus ojos, que era tan alto el bien que en quedarte Tú acá se nos hacía, y que la merced era tan grande, que sobrepujaba todo entendimiento humano. Bien vieron, Señor, tus ojos que no habíamos de saber agradecer la merced, ni

menos saber dar las gracias que convenían, y por eso las diste por nosotros.

Dió gracias al Padre y dijo: Comed, que este es verdaderamente mi Cuerpo: haced esto en memoria mía.

El rey Faraón celebrando el día de su nacimiento, estando en mitad de los convites entre los manjares, acordóse de su paje de copa que estaba preso. —¿Qué es de mi paje?—dice el rey—. Traíganle aquí.

Grande señal de amor es, cuando uno se acuerda de otro que bien quiere cuando está en algunas fiestas o banquetes: «¡Oh si estuviera aquí Fulano! ¡Oh si viera esto, o comiera de esto!» Y si en todas las cosas los que bien se quieren desean que sus amantes estén presentes a alguna cosa principal: Redentor nuestro, ¿y cuando celebrasteis Vos aquella solemne Cena con vuestros sagrados Apóstoles, acordásteis de nosotros? ¿O por ventura echásteisnos en olvido? Bendito seas, Señor, por ello, que así de nosotros te acordaste.

«¿Qué haré yo—decía el bendito Jesucristo—para que mis cristianos, mis ovejicas coman de este manjar que yo ahora como? ¿Qué haré para que todos participen y tengan parte en este convite?»

Haced esto en memoria mía. No penséis, cristianos; no penséis, hijos míos, que os tengo olvidados; que ahora estoy cenando con mis discípulos, y mañana estaré puesto en una cruz por vuestro amor. Y demás de esto, parte tenéis en mi cena.»

—Señor, ¿qué nos dejaste? ¿Por ventura dejáisnos acá las sobras y los relieves que entonces quedaron?

Dice San Crisóstomo: «Mirad, cristianos, no nos dejó Jesucristo lo que sobró, no dejó lo que ellos no pudieron comer. La cena tan entera como estaba antes que se comenzase, eso nos dejó. Dejónos el mismo altar, dejónos el mismo mantenimiento; y aquel mismo que entonces aparejó el manjar ese mismo lo apareja ahora. Jesucristo era el manjar allá, y Jesucristo es el manjar acá. Allí dió Él su Cuerpo por mantenimiento a los Apóstoles, y el mismo Cuerpo de Jesucristo dan hoy a todos los cristianos. Jesucristo fué el que nos dió el manjar, diciendo aquellas sacratísimas palabras, y Jesucristo acá también prepara el manjar. Porque aunque el sacerdote diga *Aqueste es mi Cuerpo*, no lo dice el sacerdote por sí; porque si él lo dijese por sí solo, no aprovecharía; en persona de

Jesucristo las dice. Y para dar a entender esto, en el instante que las dice, el Cuerpo de Jesucristo se halla presente debajo de las especies de la Hostia, y debajo de aquella pequeña cantidad está Dios, está Jesús tan alto, tan poderoso y tan grande como está en el cielo. *Hoc facite in meam commemorationem* (Mt., 26; 1 Cor., 11). Esto manda Jesucristo, hermanos, que hagamos para que nos acordemos de Él, que recibamos con devoción su sacratísimo Cuerpo.

6.—La Comunión enciende el alma.

¡Oh hermano, y si supieses qué merced tan grande te hizo Jesucristo en quedársete acá para mantenimiento! Cuántas veces te acontecerá que te ves tan triste, tan tibio, tan flojo en las cosas de Dios, tan indevoto, que ni te querrias ver tú a ti mismo; estás muy descontento, y que te da sinsabor el rezar, el ayunar, el dar limosnas: y en llegarte a este Santísimo Sacramento, en llegarte a querer recibir el Cuerpo de Jesucristo, hace Él que, sin que tú lo entiendas ni sepas de dónde vino, te halles alegre y diligente en el servicio de Dios, y te halles devoto, y reces tus devociones, y des tus limosnas. Y si estabas flaco, que de medroso no entrabas en campo ni aun con una mosca, recibiendo el Santísimo Sacramento te paras tan fuerte, tan esforzado, que un león no te espanta. No hay mejor remedio para que un ánima fría hierva en caridad de Dios nuestro Señor, y ame a Jesucristo con ferviente amor, como es tomar y comer el Cuerpo de Jesucristo. ¿Habéis visto un instrumento que hay para calentar las manos, que es una manzana de metal abierta por medio? Toman un clavo hecho ascua, échanlo dentro y ciérranla, y así se calientan trayéndola en las manos. Así, pues, ¿quieres que tu ánima sienta mucha devoción y sentimientos maravillosos de Dios? Mete en tu pecho el Santísimo Sacramento, comulga a menudo, allégate al santo altar de Jesucristo, y ruégale con mucha devoción: «Señor, en esta tribulación estoy; Señor, en esta fatiga estoy; esta tentación me fatiga; esta deshonra me anda rodeando; Señor, estoy tibio, estoy flojo, estoy frío; Señor, pues Vos sois fuego verdadero, encended mi ánima con vuestro amor; abrasad, Señor mío, mis entrañas en caridad.» Pídele, que yo salgo por fiador,

que si con buena fe se lo pides, que te lo dará. Grandísimas mercedes en gran manera nos hizo en dejarnos acá su santísimo Cuerpo.

7.—*Sé bien agradecido.*

Decía Séneca, aun siendo gentil, que el hombre bien agradecido había de tener un librero donde tuviese escrito todas las buenas obras y mercedes que de otro ha recibido: Fulano me hizo esta buena obra, Fulano estotra. Y dice más, que si aquel de quien recibió la buena obra está ausente, y aunque por carta se lo has agradecido, es muy gran razón que cuando lo veas presente le des gracias de la merced recibida, y lo agradezcas mucho.

Envíate tu esposo, que fué no sé dónde, una joya, una saya, un no sé qué. Es razón, cuando venga, que le digas: «Señor, téngoos en merced la memoria que de mí tuvisteis. Bien se parece el amor que me tenéis, pues estando ausente os acordasteis de mí.» Así es razón que haga el cristiano cuando Jesucristo le saca de una tribulación o tentación que mucha pena le daba. Cuando alguna cosa hubiere hecho por ti, dale gracias, agradéceselo mucho, sabe conocer la merced, que es grande, y corresponder con grande haciimiento de gracias. Pero mira que en esto se dice estar Jesucristo como ausente; envíale tus pensamientos, envíale tu ánima, dile: «Yo conozco que esta merced que ahora, Señor, me hiciste, es de tu mano; todo el bien, si alguno tengo, de tu mano es; si tu mano poderosa no me librara del pecado, en él me estuviera, y no era yo bastante a librarme de él. Caído, Señor, estaba, Tú me levantaste, y si Tú no lo hicieras, todavía me estuviera caído.» Envíale estos agradecimientos.

Pero cuando te llegues al santo altar, cuando quieras recibir el Santísimo Sacramento, cuando lo hayas recibido, gózate en el Esposo recién venido, y sábele aposentar en tu ánima, sábele regalar. Y cuando así lo tuvieres, acuérdate de los bienes que por su ayuda has tenido, y acuérdate de los trabajos de que te sacó; tórnale a dar gracias de nuevo. Tráele a la memoria las muchas mercedes que el Señor te ha hecho, y de cuánta necesidad y peligros te sacó; y por todos dale siempre mil géneros de bendiciones, y dile: «Señor,

siempre me habéis hecho mercedes en ausencia; ahora que estáis presente, os suplico no me olvidéis. Hacedme, Señor, esta merced, que tengáis por bien de hacerme grato a vuestras mercedes y misericordias.» Dile mil ternuras de amor con la Esposa. Pídele, pues tienes contigo a quien estando ausente tantas mercedes te hizo.

8.—Comunión frecuente.

Allégate a este santo Sacramento muchas veces, si quieres gustar qué cosa es Dios.

Y si quieres que tu ánima esté consolada, llégate al altar, y allí hallarás también la memoria de la Pasión. El ara significa la cruz donde Jesucristo fué puesto; los corporales, la sábana donde fué envuelto; el cáliz, el sepulcro donde fué sepultado. Gozarás de los dos remedios principalísimos para tu ánima, memoria de la Pasión, frecuentación en recibir el Santísimo Sacramento.

Allégate, pues, al Santísimo Sacramento, no de tarde en tarde, sino ven con mucha reverencia, con amor; con devoción, con mucha humildad, y muchas veces en el año, porque no se te vaya de la memoria sino siempre lo tengas delante los ojos como espejo; y tú verás por experiencia lo que se te sigue de la santa Comunión. Aplícasete, cuando te comulgas, lo que ganó Jesucristo en la cruz; mira, pues, si es de perder tal ganancia. Llorar deberías cuando esto perdieses, o lo dejases de ganar; llorar tenías, y no como quiera. Sientes por grandísima pérdida cuando te viene la nueva de la nao que se te hundió; o de que fuiste a las Indias, y no trajiste muchos dineros; sientes mucho esto, ¡y no se te revienta el corazón cuando por tu culpa pierdes lo que Jesucristo nuestro Redentor ganó en la cruz! Con lágrimas de sangre lo habéis de llorar muy llorado.

¿De dónde piensas, hermano, que se levantaron errores y herejías contra este Santísimo Sacramento? Tengo por averiguado, y no me quitarán de la cabeza, que la causa principal fué olvidar de la memoria tan gran merced, *y olvidarse de comer su pan*. ¿De dónde vino el otro hereje a decir no sé qué, y el otro, y el otro? De no llegarse, por cierto, a este santo Sacramento. Los soberbios y presuntuosos, amigos de cosas gran-

des, vinieron a pensar, considerando a Dios tan alto en este misterio, y que Aquel tan grande estaba encerrado en cosa tan pequeña, como aquello que no cabía en su entendimiento y sobrepujaba su juicio, que no quisieron sujetarse a Él ni recibirlo; de no recibirlo vinieron a caer en grandes errores y herejías, como los judíos a no creerlo.

No así, por reverencia de Jesucristo, sino considera la misericordia de Dios, mira las palabras que Jesucristo dijo: *Haced esto en memoria mía*. Y mira que mientras menos entiendes este misterio, mayor es la merced que te hace. Que si las obras de Dios fuesen tan bajas que nosotros las entendiésemos, no serían grandes, como dice San Gregorio; y viendo que las cosas son tan grandes, venimos en conocimiento de la grandeza del Hacedor.

Y mira también el tiempo en que Jesucristo te dijo: *Haced esto en memoria mía*; que fué queriendo padecer y morir por amor de quien lo dijo. Llégate a comulgar muchas veces con devoción, ten en la memoria la Pasión de Jesucristo, la institución de este Santísimo Sacramento. Y con la frecuentación de él alumbrarte ha Jesucristo el corazón para que no caigas en errores; esforzará tu ánima para entender en cosas de su servicio; confortará tu ánima, y consolarla ha; hará que seas misericordioso, humilde, casto, continente, caritativo para con los prójimos; darte ha su gracia, y después gloria.

TRATADO 27

EFFECTOS DE LA COMUNIÓN.

A fructibus eorum cognoscetis eos.

De los frutos de ellos los conoceréis.

(Mt., 7, 16.)

1.—Salutación.

Enseñanos el santo Evangelio, que cuando quisiéremos conocer a alguna persona, que miremos a sus frutos, que veamos qué tales son sus obras, y así conoceremos quién es: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. La lengua suele algunas veces engañar; aunque oigáis hablar bien a un hombre, puede ser que haya otra cosa dentro de lo que por la boca habla; pero si le veis hacer obras, eso no os puede engañar, que no le veáis luego notoriamente lo que es.

No hay cristiano que no desee conocer a la Virgen nuestra Señora para servirla y acatarla; no hay quien no desee saber quién es para amarla y reverenciarla. ¿Qué remedio tendremos para conocerla? ¿Qué? Mirarla a las obras. Mirad qué tales son sus frutos, y ahí veréis quién Ella es; qué humilde, qué casta, qué limpia, qué de virtudes tiene, qué acabada la hizo Dios. «Comienza a considerar la grandeza de la Virgen—dice San Bernardo—, y es cosa grande, es cosa infinita: *Sed de misericordia ejus loqui, hoc magis placet*; pero decir que es misericordiosa, decir que está entendiendo, allá donde está, en alcanzarnos misericordias, esto agrada más que otra cosa.»

Decir vos a uno que tiene necesidad: «¡Oh si supiédeses qué gracias tiene Fulano, qué rico, qué gentil hombre, qué bien hablado, qué afable, no le falta cosa!», dirá el otro: «¿Qué provecho me viene a mí

de eso?» Si le decís: «Misericordioso es; ¡oh qué caridad tiene!; nadie va a él que no le remedie; a nadie envía desconsolado de cuantos le piden algo», dirá el otro: «*Hoc magis placet*; eso me agrada a mí, eso es lo que yo he menester, y lo que me parece bien.» Cuando nos dicen de la Virgen nuestra Señora cuán linda la hizo Dios en el cuerpo, y en el ánima sin mancha, mucho nos alegramos y bendecimos a Dios; pero cuando nos dicen que nos favorece, que está siempre rogando por nosotros a su Hijo bendito que nos remedie, que nos ampare, que tiene puestos los ojos en nosotros de misericordia: *hoc magis placet*; esto nos agrada y satisface.

Mas ¿quién será tan desagradecido, que no te agradezca tanta misericordia? ¿Quién será tan triste, que no se alegre en ver que eres tan misericordiosa, Señora? Pero, Señora, ¿en qué veremos que nos quieres bien? Danos seguridad que nos amas.

—Si os amo o no—dice la Virgen—, ved lo que he hecho por vosotros; mirad mis frutos y obras.

César, si te amo, vulnera mea loquuntur pro me, decía el otro al emperador César, habiéndolo revuelto y desacreditado; y respondió al César—preguntándole si era verdad lo que le habían dicho de él—descubriendo su cuerpo lleno de heridas que había pasado por él; «*César, si te amo, etc.* Hablen mis llagas por mí, sean testigos de mi corazón.»

—Señora, ¿osaremos confiar de Vos nuestra salvación? ¿Osaremos dejar a vuestro cargo la salud de nuestras ánimas? ¿En qué veremos que no nos olvidaréis?

Hablen sus frutos por Ella; responda lo que por nosotros hizo. Mirad el fruto de su vientre, mirad qué pedazo de carne, salido de sus entrañas, el santo Sacramento. ¿No lo dijo la sabiduría de Ella (*Prov., 9*): *Venite, et comedite panem meum, et [bibite] vinum quod miscui vobis*: Venid y comed este pan bendito, esta carne que de mis entrañas salió, que a Él de buena gana os convida; gozad del fruto de mis entrañas. Pues según el fruto conoceremos la que nos lo dió. Vos, Señora, pues sabéis qué tal es, alcanzádnosle para que le gustemos, y gustando de Él, sepamos hablar algo de su excelencia.

2.—*Hambre de Dios.*

Veisnos aquí en la fiesta del Santísimo Sacramento; confío en la misericordia de Dios que saldréis con más hambre de Dios de tanta hartura, porque veáis quién es Dios, que cuanto más lo coméis, más gusto tenéis de Él; más hambre y mayor deseo de Él causa el gustarlo. Muchas veces nos dice de Él (*Eccli.*, 24, 29): *Quien me come habrá más hambre*; y por esto poquito que habéis sentido, por una poquita de devoción os dará Dios en el cielo infinita hartura, y con ella infinita hambre. Este es un gran milagro que allá en el cielo hay; que comiendo siempre un manjar, que está nuestra bienaventuranza en comerlo, es tanta la dulzura que sienten los bienaventurados, que cuanto más comen, más hambre tienen. Y de aquí podéis conjeturar cómo se compadece, que en el cielo, durando millones de millones de cuentos de años, comiendo de un solo manjar, que es el mismo Dios mientras Él durare, y que al cabo—; mas qué digo! ;no hay cabo!—, que pasados infinitos millones de años está la comida tan fresca como al principio. ¡Oh bendigan, Señor, los ángeles el abismo de tu dulzura, que durando tanto como dura, no da en rostro, antes pone grandísima hambre, con tener en sí toda la hartura! ;Oh bendito seas, Señor, que no entendiendo los que de Ti gozan sino en comer de Ti, en hartarse de Ti; teniendo en Ti cuantos deleites pueden desear, que no bastan entendimientos de ángeles para pensarlo, y que al cabo les parezcas tan nuevo, tan dulce, tan sabroso como si no hubieran comido; y que con tanta hambre y gana comiencen a comer a cabo de infinitos años, como si entonces comenzasen. ¡Este es Dios, hermanos!

¿Habéis acabado ya de comer en esta fiesta, y aun os queda más hambre? ¿No está vuestra voluntad aún satisfecha? ¿Haos sabido tan bien, que quisierades que durara más el convite?

—¿Qué remedio, Padre, para matar esta hambre?

—Remedio hay. Mirad, hermanos: aunque las fiestas de Jesucristo cuanto al tiempo pasen, su virtud no es pasada para el que quiere celebrarlas cada día; su virtud siempre está presente. El buen cristiano ha de hacer como la hormiguita. ¿No la habéis visto alguna vez andar buscando mantenimiento en el

tiempo del verano para el invierno? ¿No anda buscando con mucha diligencia? Coge un granillo, otro no sé qué; en fin, lo que halla enciérralo para cuando hubiere menester. Así el cristiano; tal fiesta como ésta no ha de ser pasada para él, siempre ha de tenerla presente, recogíendose, buscando, pidiendo que le dure la devoción del mantenimiento hasta otra fiesta, procurándolo con su buen vivir, suplicando a nuestro Señor le conserve en el bien que hubiere recibido en tal fiesta como ésta; de esta manera andará siempre bien mantenido.

Mas si alguno se quedase sin comer entre tanta hartura, ¿qué sería de él? ¡Cuán mal lo habéis mirado! ¡Triste del que estando entre tanta hartura, donde sobra el mantenimiento, por no llegarse a la mesa y pedir, se seque y muera de hambre! No lo permita Dios que haya alguno ahora.

Al propósito volvamos; hemos oído, si hemos estado bien atentos, otras veces, qué cosa es comulgar espiritual y sacramentalmente. Todo lo hemos dicho; mas de la comunión espiritual, plegue a Dios que lo hayamos entendido, que espero que os ha de aprovechar harto. Digamos ahora un poquito de la comunión sacramental.

3.—*Yo estoy con vosotros.*

Padre, ¿qué fué el motivo que movió a Dios?—¿Qué digo? No mueve a Dios nadie sino Él—. ¿Qué mercedes, qué misericordias fueron éstas que quiso hacernos cuando se quedó con nosotros? ¿Qué es la causa que movió a su alto consejo quererse quedar acá con nosotros?

—No se podrá decir las mercedes que nos hizo, aunque se junten ángeles y hombres. Decid: si Vos tenéis una heredad, y andan en ella trabajando los peones, ¿no os holgáis de ir allá y estar allí presente, y andar sobre ellos para que trabajen más y hagan más hacienda? ¿No dicen acá que «donde no está su dueño, etc.», que el mozo trabaja más cuando el ojo de su amo le está mirando? Pues así Dios quiso quedarse en esta su heredad con los trabajadores, que somos nosotros, para que hagamos más hacienda, para que andemos ligeros, nadie se duerma viendo que nuestro Señor anda tras nosotros, porque digamos:

«Mi Señor me ve; quiero trabajar, quiero servir bien, quiero ser fiel, no quiero hacer cosa que parezca mal delante sus ojos.» Y aun paréceme que bastaba aun sólo esto para nunca ofender a Dios. Mas hay tan poca fe, que creo hay pocos que piensen de veras que los están mirando los ojos de Dios, para que cuando estás tú en tu casa y te viene un pensamiento malo, sudes, y mueras y trabajos por resistirlo, y le digas: «Anda, vete, que no quiero consentir en eso que me traes, que está mi Señor delante, y sus ojos me están mirando cómo trabajo»; pues para que trabajases quedó acá en este divino Sacramento.

4.—*La confesión devuelve la vida.*

Grandísimas medicinas hay, grande remedio quedó, gran salud, grandes cosas hay encerradas en los santos Sacramentos. Santo Tomás pone tres; pero hay infinitas. Si lo sintiésemos, y supiésemos y gustásemos lo que es, andaríamos abrasados de amor de Dios.

La confesión es para hacer las amistades entre Dios y ti. Estaba Dios airado contra ti, estaban dadas tantas sentencias de muerte para los infiernos contra ti; confiéste, eres hecho amigo de Dios, no están ya a tu cuenta aquellos pecados mortales, perdonádotelos ha ya Dios, que no te castigará en los infiernos por ellos. La confesión es para que se deshagan tus pecados, para que no se acuerde Dios más de ellos, aunque ordinariamente quedas obligado a pagar algo en purgatorio.

¡Oh, bendito seas, Señor! Si supiésemos cuánto bien nos cantan en aquel cantar (*Dan.*, 3): *¡Benedicid, sacerdotes, al Señor! ¡Qué mal te sabemos agradecer el poder que has dado a los sacerdotes, y cómo los has hecho despenseros de tus merecimientos! ¡Qué amigo hay que diga a su amigo: Mirad que de aquí adelante, en las cosas que tocan a mi hacienda, a mi honra, a mi casa, no negocie nadie conmigo, sino todos los que vinieren negocien con vos todo lo que a mí tocare?*

—Señor, ¿y si os dan una bofetada?

—También.

Pues así lo hizo Jesucristo con nosotros, que nos dió poder para que negocien con nosotros todo lo que a

su honra y a su hacienda tocarse; y que por soberbio y sucio, por abominable, por endiablado, por desprecios que haya hecho a Dios, y con ellos el hombre venga a pedir perdón a Jesucristo a los pies de un sacerdote idóneo, ha dado poder que de su parte lo perdone y le absuelva de todos sus pecados.

—¿Quién lo dijo, Padre? ¿Es por dicha Escoto, o San Agustín?

—No, sino el mismo Cristo; ¡bendito sea Él, Amén! (*Jn., 20*): *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.* «A quien perdonáredes les serán perdonados, etc.»

¿Qué es confesión? Que estando tú muerto, estando en pecado e ira de Dios, por confesar te son los tuyos perdonados, y quedas tú en paz con Dios, que no te demandará su justicia que le pagues lo que le has ofendido. Y de esta manera la confesión resucita muertos. Con venir tú a los pies del confesor habiendo hecho lo que en ti es, por virtud del Sacramento vuelves de muerte a vida, y allí te da el arrepentimiento que basta para que tus pecados puedan ser perdonados.

5.—*La Comunión cura las reliquias del pecado.*

—Padre, si, como decís, por la confesión quedo perdonado, ¿qué es menester más comunión? ¿No basta estar libre del infierno? ¿Qué es menester más, si estamos libres de la justicia de Dios?

—Más es menester; que aunque uno queda perdonado, no queda sano del todo. *Si ad horam pepercisti mihi, quare ab iniquitate mundum me esse non pateris?* Dice Job (10): Señor, si en un momento me perdonaste, ¿por qué no consientes que quede del todo libre de mi maldad? ¿Por qué, Señor, no me limpias del todo cuando haces lo más, que es perdonarme? *Dominus patiens, et magnus fortitudine, et mundans non faciet innocentem,* dijo el Profeta (*Nahum, 1*). ¿De qué os quejais, Job? ¿luego queréis quedar sano del todo? ¿No basta que quedéis libre del mal, sino que queréis luego convalecer? Estabas en ira de Dios; te confesaste, te arrepentiste, restituiste, tienes propósito de nunca ofender a Dios. Bueno es todo eso; razonable estás, aunque no estás por eso sano del todo. He aquí vuestros pecados perdonados; ¿qué más

falta, pues decís que es menester más? Mucho es estar libre del infierno, pero todavía es menester más. Decid: si uno estaba ya para morir, y le dieron una medicina que con beberla no murió, ¿luego está bueno del todo? ¿luego puede andar, y está recio y esforzado, y puede comer con gana como si estuviese sano? No, son menester otras medicinas o conservas que le esfuerquen, buenos manjares que le engorden.

Estabas tú en pecado, estabas tú muerto, no te faltaba sino que te echaran en los infiernos; te confesaste, te arrepentiste, ya estás libre de la pena del infierno. Pero dime, ¿luego estás bueno? Es grandísimo mal el pecado; acarrea otros mil cuentos de males. Aunque quedes perdonado de lo principal, pero quedan mil reliquias, de una ira, de enojarte por no nada que te hagan; quédante mil trabajos; tíentate la carne; si primero fuiste carnal, querría volverse a su costumbre; quédate una fantasía interior, una voluntad propia; reliquias son todas éstas del mal del pecado.

Mira, así como en la vida natural el calor natural es el que gasta y consume los miembros, tenemos un calor que desde que nacemos no hace sino gastar y consumir nuestra vida. Y para eso comemos, para sustentar y cebar los miembros, para que no los gaste luego el calor, sino que en lugar de ellos, gaste del manjar. ¿Qué sería del hombre en gastándose el húmido? Uno muere. ¿Sabéis cómo es? Como un candil o hacha que arde todo el tiempo que dura el aceite o la cera para que la gaste el fuego, y en faltándole, luego se apaga. Así, si no echáis húmido que gaste aquel calor, secaréisos. Eso, pues, obra el comer: mantener y sustentar aquel calor. ¿Y es bueno sustentarlo? Así burlando, no tenéis más vida de cuanto dura.

Así es acá, tenemos un calor en las ánimas, no bueno, sino malo, que nos inclina al mal. Este es el que seca y consume nuestras ánimas, cuando no hay cuidado de remediarlo, cuando no comemos algo con que pierda la fuerza y no gaste nuestras ánimas. De eso, pues, sirve el Sacramento, que te quita ese ardor malo; mitígalo, que no te dé tanta pena. Este ardor es la concupiscencia, las malas inclinaciones a que quedamos sujetos por el pecado, el *fomes peccati* que llaman, que nos trae casi por fuerza a desear y pensar mal, ahora a soberbia, a pecados de carne, a querer hacer nuestra propia voluntad. Todas estas inclina-

ciones al mal están dentro de nosotros, esta guerra continua que traen los pecados con nosotros, y si consentimos en lo que nos inclinan, luego morimos. *Pecatum, cum consummatum fuerit, generat mortem* (Jac., 1, 15).

Así que, cuando tú te confiesas quedas perdonado de lo principal; no morirá tu ánima, pero queda tan flaca, tan desmayada y tan sin fuerzas como el que sale de una grande enfermedad. Así diéronte una purga que te amargó como la hiel, que te llegó a par de muerte el beberla; en esto no puede haber remedio sino que si el enfermo quiere sanar, la ha de beber, aunque amargue. Después de ella bebida, para que no sientas el amargor o el mal olor, porque quedas desmayado, dante una poma que huelas, dante agua de azahar, dante algunas conservas para restaurar lo que la purga estragó en tomarla. Estos olores y conservas que te dan, son el santo Sacramento [de la Eucaristía]. Confesaste tú, dolióte el llorar por tus pecados, porque estabas avezado a reír y no sentir pesar ninguno; dolióte el dejar la manceba; hizote gemir el restituir, el sacar los dineros de tu bolsa para volverlos a quien los habías mal llevado; dióte mal trago el perdonar la injuria. Démosle a tu ánima un bocado que la conforte y esfuerce para las reliquias de los pecados, para que mitigue las malas inclinaciones, la soberbia, la ira; para que le consuma y apague el fuego de la concupiscencia; para que le sepa bien el rezar, el ayunar, el dar limosnas; para tener amor con todos, y lo procures y te deleites en ello; para que tomes gusto en las buenas obras: para que se te quite la gana del pecar, el deseo de hacer mal, el deseo de honra, de pecar en la carne; para que cobres fuerzas, que se te quite ese desmayo; para que no te venga luego cualquier enojillo; para quitar unos humillos que te quedan en el ánima, para que del todo quede limpia y ligera para servir a Dios, quitadas las pesadumbres de las inclinaciones.

Y mirad, no os parezca cosa liviana desechar estas cosillas. Porque algunos hay que sin mucho trabajo salen de los pecados, y no de estas faltas; algunos hay que por ventura ha diez años que salieron de pecar, y se tienen estas cosillas tan vivas, tan frescas, que parece que ayer salieron; y como no han sido poderosos de cofrar fuerzas, sino que aun se

están flacos y desmayados, para esto el comulgar es muy gran remedio; todo lo apaga el Santísimo Sacramento, da esfuerzo, conforta, siéntese la salud a pedazos sensiblemente. Un día ves una falta menca, otro otra; hoy se te quita la gana del pecar, mañana se te parece bien la oración, el contemplar y la confesión; comienza el bien en ti, sales en ella de culpa, perdónasete la pena del infierno, quedas dispuesto para que te dé Dios su gracia con el Santísimo Sacramento, que es Sacramento de *consumación*, porque acaba en ti el bien que la confesión comenzó. Cuando tú te sientes tan esforzado, que no temes demonios ni tentaciones ni carne, todo lo tienes en nada, parécete que lo vencerás, y que nada te empercerá; eso es la virtud del Sacramento, que ha acabado en ti la buena obra, y te ha dado salud del todo, y has convalecido; sano estás enteramente.

Por dos cosas, entre otras, es buena la comunión. Lo uno para ayudar a salir del mal, y para convalecer y alcanzar entera salud, y para cobrar esfuerzo contra las tentaciones y vencer nuestras pasiones. Lo otro para que se perdonen los pecados. De esta manera se enciende en devoción y caridad el ánima comulgando, y así es limpia de todos los pecados veniales, y perdónanse los mortales en este Santísimo Sacramento dignamente recibido: (1); y tal contrición podría uno tener, que se le perdone culpa y pena. San Agustín dice: *Sacramentum hoc mortuos vivificat*; que da vida este Sacramento a los muertos.

6.—La Comunión nos incorpora con Cristo.

¿Hay más? Convidanos y danos dineros, danos todo lo que habemos menester este Pan bendito; si no, vedlo vosotros. Dice el Apóstol (1 Cor., 10, 16): *Calix benedictionis, quem benedicimus, nonne communicatio Sanguinis Christi est?* «El cáliz de bendición que bebemos con hacimiento de gracias, ¿no es comunicación y participación de la Sangre de Jesucristo?»

—Padre, ¿y en aquella partícula está Jesucristo?

—Mirad, ¿y de eso os espantáis? Decid: Si está

(1) Se entiende al que comulga de buena fe, creyendo que no tiene pecado mortal y llevando atrición de sus pecados. (Cf. Gury-Ferreres, vol. II, n. 373.)

escrito en aquella pared con letras grandes este nombre, *Pedro*, y en la otra pared escrito con letras chicas, porque no sean las letras iguales ¿no quieren decir una misma cosa?

—Sí, que lo mismo es.

—Pues así acá, tan entero está el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en una Hostia grande como en una pequeña; no hay más Cristo en un cabo que en otro; lo que es en el nombre que decimos letras, es acá en el Sacramento el pedazo grande o pequeño; no hay que detenernos en eso.

Decidme: dice el Apóstol: *la partecica [de pan] que os quebramos para que la recibáis, ¿por ventura no es comunicación del Cuerpo de Cristo?*, y por ella sois hechos participantes de Él? ¡Bendito sea el Señor! ¿Qué es comulgar? Ser hecho participante de los merecimientos de Jesucristo, ser incorporado en Jesucristo. Remediéndonos cuando padeció, aplicónos en el altar el remedio. Hizo la medicina, los emplastos, las conservas para nuestra enfermedad cuando murió; aplicónosla cuando comulgamos, cuando llegamos al altar a recibirlo. Para venir al mundo a redimirnos hízose Dios hombre; y cuando tú vas al altar y lo recibes, transfórmaste tú en Él, y si dijese: «Hácese tú Cristo por participación», no mentiría, que así lo dice San Agustín (2), que, por la grande unión que hay entre Cristo y sus miembros, Él se llama el nombre de ellos, y ellos el de Él. ¿Qué es comulgar? Ingerirte en Jesucristo, y, como se ingiere la mano en el brazo, y el brazo en el cuerpo, y el dedo en la mano, hacerte parte de su Cuerpo. Si bien comulgas, ingiéreste en sus merecimientos, tienes parte en ellos; teniéndola en sus merecimientos, tiénesla en lo que Él ganó; teniéndola en lo que Él ganó, sé cierto que irás a gozar de Él en el cielo.

«*Gracias hago a mi Señor Dios—dice el Apóstol (1 Cor., 14, 8)—por la gracia suya que os es dada. Qui et confirmavit usque in finem sine crimine, etc.* No desconfiéis, hermanos; esforzaos, que el que ha comenzado en vosotros la buena obra, la conservará, Él acabará en vosotros hasta el día de Jesucristo; en el cual os conservará sin crimen, el que os ha hecho comenzar vida nueva. *Fiel es el que os llamó en compañía de Jesucristo*, el cual no os defraudará de

(2) *Super ps. 142.*

la heredad que os ganó, pues tenemos ya de ello tal prenda.

¿Y qué puse yo, Señor, para tal compañía sino mal, y tú el bien? Yo los pecados, Tú, Señor, el perdón y la gracia. Pone Él que seas hijo de Dios tú, que antes eras enemigo suyo.

Fiel es Dios, que nos llama en compañía de Cristo.

—¿Qué compañía es ésta?

—Cuando comulgas eres recibido en esta compañía, eres hecho miembro del Cuerpo de Cristo; a Él has sido dado por compañía eterna, que nunca de su parte faltará.

Fiel es Dios, que os llama en compañía de Cristo: el cual es el cuerpo místico de la Iglesia, y todos somos miembros de este cuerpo. Así como la mano es parte del cuerpo, y vive y se sustenta en él, así tú tienes parte de Cristo, y vives y te sustentas en Él, y te incorporas en la comunión como el miembro en el cuerpo: *Sicut misit me Pater (Jn., 6, 58). Así como me envió el Padre que vive, y yo vivo por Él, así vivirá por Mí el que me come a Mí;* es hecho parte mía, es incorporado, *vive por causa mía.* Ninguna ánima puede vivir, si no está incorporada en Mí. Así como un sarmiento no puede crecer ni sustentarse si no está asido en su vid, sino que luego se seca, así Jesucristo predicó que es vid, y que el que no estuviere asido en Él, que se secará y arderá para siempre en los infiernos (*Jn., 15, 1-7*). Eso es comulgar bien, ser participante de Jesucristo, ser hecho una cosa con Él.

Ruégooos que penséis cómo cuando uno ha comulgado tiene a Cristo en sus entrañas, cómo es transformado e incorporado en Él, es hecho participante de sus merecimientos, de todo lo que Él ganó, de la gloria del reino, de la herencia del descanso en que ahora está. Como cuando se casa una mujer con un rey ella tiene vestido y estado de reina, por ser la hacienda de su marido, y dícese, todo lo que Él tiene, suyo propio por estar casada con él, porque es una cosa con su marido; así comulgando tú, metiendo a Cristo en tus entrañas, conviértete Él a ti en Sí, y quedáis tú y Él hechos una cosa. Y por eso quedó debajo de semejanza de pan, para dar a entender la unión que hay entre Él y el que lo recibe. Así como cuando tú comes una lechuga se convierte en substancia, y queda la lechuga hecha tú, así es acá; pero no convertiste tú a Dios en ti, mas Él a ti en Sí; y quedáis

ambos hechos una misma cosa, no en unidad de substancia ni de persona, sino que la honra y provecho, riquezas y gloria que le resultó a Él de morir por ti, se te comunica a ti recibéndolo cuando has comulgado. Mírate Dios Padre como a hechura de su Hijo; mírate ya con aquellos ojos que mira miembro de su Hijo, por ser tú ya miembro suyo y de su Cuerpo por la comunión; mira a la uñita como a cosa del cuerpo; mira a la parte como a cosa del todo; huélgase de hacerte misericordia como a cosa que toca a su Hijo; tiene cuidado con lo que te cumple como a cosa que cumple a Jesucristo.

Cortan la mano del rey; a todo el rey hacen afrenta, y no como a mano por sí; así es mirado el que comulga, no como cosa de acá y de por sí, mas como cosa de Cristo. Y el mismo Cristo mira el ánima como cosa suya propia, y como se mira a Sí, ámala, regálala, ampárala, remédiala, consuélala, provéela como cosa que a Él toca: *Nemo carnem suam odio habuit* (Efes., 5, 29). [Ninguno jamás aborreció su propia carne]. Pues así es, quien el padre tiene alcalde, seguro va a juicio. Si sois parte del cuerpo del Juez, seguro vais que no sentenciarán contra vos; seguro va el pie del cuerpo cuya lengua ha de dar la sentencia espantosísima del día del juicio. Comulgad, sed hechos participantes de los merecimientos de Jesucristo, incorporaos y meteos en Él, no hayáis miedo, no echará Él su pie ni su mano en el infierno. ¡Oh Señor, bendita sea tu misericordia! No hay entendimiento que alcance esto; no hay quien explique lo que somos por comer de este manjar de vida.

7.—Comunión frecuente.

Y si así es todo lo que habéis dicho, ¿quién no se maravillará de los que no quieren comer, de los que no quieren llegarse a mesa tan abundante, donde hay tantas riquezas, tantos bienes? ¿Quién no se espantará de los que no quieren aprovecharse de tantas misericordias, los que no quieren recibir tanto bien? Maravillarme he de Dios, y maravillarme he de ellos: de tan gran desagradecimiento de nuestra parte, de tanta misericordia de parte de Dios. y de tanta providencia suya. *Omnia a te exspectant, ut des illis escam* (Ps., 103, 27). «Señor—decía el Profeta David—,

como no hay otro que pueda proveer esto sino Tú, como no hay otro que pueda hacer esto sino Tú, de Ti esperan todas las cosas el mantenimiento, y todos los animales que les des manjar al tiempo de la mayor sazón; *dándoselo Tú, lo comen ellos; abriendo tu poderosa mano, todas las cosas son llenas de bondad y misericordia.*» Come el león lo que Dios le da, come el ciervo lo que Dios le da, come la avecita. *Dante te illis colligent;* ¡y no comes tú el manjar que Dios te da! ¡Y qué manjar de manjares, y sobre todos los manjares, que es el mismo Dios! Matar al hijo para que coma su criado, ¿quién nunca tal vió? ¡Que dió el Eterno Padre a su Hijo unigénito para que le comamos, y comiéndolo seamos bienaventurados, y que no hay quien coma, no hay quien se llegue a esta mesa de tanta abundancia! Come el animal, ¿y no come el hombre? Está Dios convidando, la mesa puesta, ¿y no hay quien llegue a comer sino de año a año, de tarde en tarde? ¿Quién hay que tenga paciencia viendo esto? Tengo por muy averiguado que os acaece a los que comulgáis de año a año lo que cuando viene el rey a una ciudad. Vos no querriades recibir huéspedes de vuestra voluntad; os hacen recibirlos por fuerza. Así creo que comulgáis algunos, porque viene el tiempo, porque no os castiguen; hacéislo ya de pura necesidad, y no por amor. No sé lo que me diga de esto.

El que frecuenta el comulgar, dificultosamente pecará, porque anda continuamente con aquel recelo, guardándose con mil ojos. Pero el olvidado, el que comulga de año a año, como anda olvidado de sí y descuidado, tras cada paso da de ojos.

Gran salud es comulgar muchas veces, y así lo confesaron los Santos. Leed a San Jerónimo en la epístola que escribió a Luciano el cual le había enviado a rogar que le avisase lo que debía hacer en lo de la comunión y si podía comulgar cada día. San Jerónimo le respondió en aquella carta, que pues en las iglesias de España así se usaba, que lo hiciese así.

Preguntándole otros a San Agustín si era bueno comulgar cada día, responde: «No os sé decir de ello mal ni bien» (3). San Agustín no osa decir que es

(3) Ahora la Iglesia exhorta a todos los fieles a la comunión frecuente y aun diaria, con las condiciones debidas.

malo comulgar cada día, ¿y tú osas decirlo de comulgar aun de ocho a ocho días? La causa por que San Agustín no se determina, es porque a unos puede estar bien y a otros no; mas dice luego que aconseja a comulgar de ocho a ocho días. Dicen algunos que habla aquí San Agustín de los sacerdotes. No es así, no lo entienden los que esto dijeren. Santo Tomás lo entiende del comulgar de los legos. San Vicente [Ferrer] dice que los del pueblo escojan diez o doce fiestas para comulgar. Gabriel, Alejandro de Alés y todos los teólogos dicen que es bueno comulgar muchas veces *de parte del Sacramento*; pero que *de tu parte* es bien que te examines qué provecho sientes.

San Buenaventura lo particulariza más, diciendo: «Si vieres que te va bien con frecuentar la santa Comunión, que te crece el amor sin descrecerse la reverencia, usa el comulgar; mas si el mucho uso te causa irreverencia, deténte algo más, y no uses como usan del comulgar algunos que los lleva la liviandad y no piensan más en ello, sino en antoñándoseles, hételos van a comulgar, sin más pensar, ni recogerse, ni tener cuidado de la enmienda, de la vida.» Para éstos no es el comulgar muchas veces.—¿Pues para quién?—Para los que sudan, para los que revientan y mueren por no ofender a Dios; para éstos es el frecuentar la comunión, que *comen su pan en sudor de su rostro* (Gen., 3. 19). Unos hay que, por comulgar muchas veces, pierden la reverencia; otros, por llegar tarde, pierden el amor. ¿No sabéis que los que se quieren bien que es menester que se comuniquen porque no se olviden? Piérdese mucho el amor con la ausencia y falta de comunicación.

Porque no se puede dar regla cierta que a todos convenga en esto, mire cada uno cómo le va con la frecuentación de aqueste Misterio, y así haga; y principalmente con consejo de su confesor, el cual, vista la disposición del penitente, así le aconseje.

¿Más qué diremos? Que hay hombres que sin ver la conciencia de los que se llegan a comulgar, juzgan y dicen que es malo, y lo murmuran. Estos tales el oficio del diablo tienen, aborrecedores y estorbadores de las obras de Dios. El confesor, que sabe y conoce las conciencias de los que confiesan, bien es que juzgue y dé su parecer al que confesó; mas el que no ve, ni sabe, ni entiende qué tiene cada uno en su

corazón, ¿cómo, sin ver el proceso, sentencia? Contrario es al Angel de Dios, cuyo oficio es aconsejar a Elías que *se levante y coma, que mucho le queda de andar* (3 Reg., 19, 7). Y así el buen sacerdote o cristiano ha de aconsejar, amonestar y esforzar a su hermano para que comulgue. Y así como quien no comulga debe guardarse de juzgar ni impedir al que comulga, así el que comulga mire mucho cómo comulga, porque *no coma su juicio y condenación* (1 Cor., 11, 29).

Había en una ciudad un clérigo que estaba en pecado mortal, y no por eso dejaba de celebrar cada día. Estando un día diciendo Misa, ya que quería alzar, cuando ponen las manos sobre el ara, vino fuego del cielo, y quemóle ambas manos sobre el ara. Este y otros grandísimos males han acaecido por llegarse los hombres allí sucios.

En un lugar estaba un hombre casado, y era un mal hombre que estaba en pecado mortal; y fué a confesarse con su Cura, y él estaba en tal disposición, que le dijo el Cura que no comulgase; y no bastó esto, sino que otro día fué a comulgar entre otros. Cuando el Cura le vió que venía a comulgar no pudiendo hacerlo, dijo: «Dios juzgue entre mí y ti.» Porque aunque el otro llegaba indispuerto, no puede negar el Cura el Sacramento al que se lo pide en público, si no es pecador público; que entonces puede negárselo. Comulgólo, y luego, antes que acabase de pasar el Santísimo Sacramento, reventó, y llevaron los demonios su ánima; y abriéronlo a él, y hallaron el Santísimo Sacramento en la boca.

Yo sé de una persona que se llegó a comulgar con mala conciencia, y le fué dicho de parte de Dios que si no rogara un Santo de Dios por él, reventara en el altar comulgando.

Dios nos libre de comulgar mal (1 Cor., 11, 27): *Qui manducat et bibit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini*. Dice San Ambrosio en este paso: «Será castigado por la muerte del Señor, porque hace salir en balde su muerte; y también porque comete pecado semejable al de los que lo mataron.»

8.—Preparación.

—Padre, ¿pues qué remedio sería bueno para comulgar bien? ¿Qué haríamos para llegarnos dignamente a recibir el Santísimo Sacramento?

—Toda la vida había de aderezarse para el día que habías de comulgar; no había de haber otro cuidado sino en que «Tengo de comulgar; ¿cómo viviría yo ahora sin ofender a Dios? ¿cómo me guardaría yo limpio para el día que he de recibir a Dios?» Habían de guardarse los ojos, no viesen cosa que hiciese mal al ánima; los oídos de oír cosa mala que dañarlos pudiese; la lengua, de hablar; todos los sentidos se habían de guardar. Vive con cuidado, y siquiera dos días antes aparéjate; mira tu conciencia, acúsate de todo aquello que te hallares culpado. Piensa un paso de la Pasión, cual tú quisieres; desmenúzalo, mira el amor con que Jesucristo nuestro Redentor lo padecía por ti; mira los tormentos, las lágrimas, la sangre que por ti derramó; piensa en esto, que eso quiere decir lo que mandaba la Ley (*Ex.*, 12, 9) que comiesen el cordero *asado*: *In cogitatione mea exardescet ignis* (*Ps.*, 38, 4). Piensa en Jesucristo *asado* en fuego de tormentos de amor tuyo; eso es comer *asado*. Vete luego a comulgar después de confesado, y piensa antes que recibas el Santísimo Sacramento el mismo paso que pensaste antes; haz cuenta que tienes a Jesucristo delante tan atormentado como lo pensabas antes en tu rincón.

Confíesate antes, y no digas más de lo que agrava tu conciencia. No seáis escrupulosos; no miréis en unas nonadas; no dejéis de comer por eso. Di: si diesen a uno un manjar muy preciado, y por un pelico que venía en él no lo quisiese comer, ¿qué dirían de él? Hombres hay que entre el altar y el lugar donde se confiesan les levanta el diablo mil dudas y zancadillas, y de todas dice que se ha de tornar a confesar, y no hacen sino ir y venir. No seáis así; dejad las motillas, aunque se os acuerde allí; si no es pecado mortal, no curéis de ello, que otro día lo confesaréis; dejad esas nonadas. No quiere el diablo más para hacerse dudar; no pares en esas niñerías, sino confesando lo mejor que pudieres, llégate en paz a comulgar.

—Padre, ¿qué pensaré?

TRAT. 27.—EFECTOS DE LA COMUNIÓN

—¿No te lo dije? El amor con que Jesucristo se te da allí, el amor con que padeció por ti; recíbelo y pásalo poquito a poquito, y después de pasado bebe el agua que te dan por lavatorio (4).

—Padre, ¿cómo no nos dan a beber a nosotros los legos la Sangre, y a los sacerdotes sí?

—En el lavatorio no os dan la sangre, sino una poca de agua; mas no por eso la dejáis de recibir [la Sangre]; porque el Cuerpo que recibís no está sin Sangre, mas con ella; y aunque no está la Sangre en el Cuerpo, *ex vi Sacramenti*, está por concomitancia; así como en la Sangre consagrada en el cáliz está también el Cuerpo, *non ex vi Sacramenti*, mas por concomitancia; y así como quien el cáliz sólo recibiese, a todo Cristo recibiría, así recibiendo su Cuerpo, su Sangre recibe.

Goza, pues, de todo tu Señor; agradece y estima mucho tan grande Sacramento, con cuya virtud será fortalecida tu ánima, santificado tu cuerpo, y después por Él mismo te será dada la gloria.

VIVE, ÁNIMA MÍA, EN PERPETUO HACIMIENTO DE GRACIAS
A TAN GRAN SEÑOR, A TAN GRAN AMADOR.

(4) Era costumbre ofrecer un poco de agua al que acababa de comulgar para pasar más fácilmente las sagradas especies.

ÍNDICE

ÍNDICE

LIBRO DEL SANTISIMO SACRAMENTO

TRATADO 1.º

Págs.

- Del amor de Dios a los hombres*..... 11
1. Dios nos ama como Padre, Madre y Esposo.—2. Pruebas de su amor.—3. Fundamento del amor de Cristo. Largueza de Dios con Cristo.—4. Su amor al Padre reverbera en nosotros.—5. El amor de los Santos superado por el amor de Cristo.—6. La locura de la cruz.—7. Fundamento de nuestra esperanza.

TRATADO 2.º

- La Procesión del Corpus (I)*..... 28
1. La procesión eucarística, singularidad de la fiesta del Corpus.—2. El cortejo triunfal del Corpus, recompensa de las afrentas de la Pasión.—3. Múltiples traslados del Arca de Dios: pasos dolorosos de Cristo.—4. La fiesta del Corpus, recompensa divina.—5. Gloria y provecho de los dolores de Cristo.—6. Cristo se gozó en padecer: gocémonos con Él en la procesión.—7. Cómo ha de ser nuestro público regocijo.—8. «A mis hermanos busco.»—9. Los que aprietan al Señor, ¡y no le tocan!—10. Profanación del día del Corpus.—11. Santifiquemos el día del Señor
12. Nuestro galardón.

TRATADO 3.º

Págs.

<i>La Comunión, alimento del alma</i>	60
1. La Virgen nos ofrece el alimento del alma.	
2. El alma necesita alimento.—3. El alma se alimenta de conocimiento y de amor.—4. Sólo Dios es hartura del alma.—5. Cristo, alimento del Ángel.—6. Comunión meditada es el alimento del alma.—7. La Santísima Trinidad nos infunde la vida: la comunión nos la sustenta.—8. Por la fe comulgaban antes de Cristo.—9. Causas de la institución de la Eucaristía: A) Para que no traicionemos a Cristo nuestro Esposo.—10. B) Para ejercicio de nuestra fe.—11. Maravillas de la transubstanciación.—12. C) Para fortalecer nuestras almas.—13. Responsabilidad de los que no comulgan.—14. Exhortación a comulgar.	

TRATADO 4.º

<i>La Comunión y la vida divina</i>	82
1. Preciosa promesa de vida divina.—2. La vida divina comunicada a los ángeles y al primer hombre.—3. Perdida por Adán: recobrada por Cristo.—4. Cristo, árbol de la vida, sustenta a los Santos en el cielo y a los justos en la tierra.—5. Esplendidez del convite eucarístico.	

TRATADO 5.º

<i>Caída de Adán y Eva (incompleto)</i>	96
1. Introducción.—2. No comerás de este árbol.—3. La tentación de Eva.—4. La caída.	
5. El árbol del pecado y el árbol de la cruz.	

TRATADO 6.º

<i>Suavidad de Jesús Sacramentado</i>	105
1. Dios es amor: Cristo es amor.—2. Amor le sacó de Sí: amor le une con nosotros.—	

3. Benignidad de Cristo con su Esposa la Iglesia.—4. Finezas de Jesús en su vida mortal y en la eucarística.—5. Del que come salió el manjar: y del fuerte la dulcedumbre.—6. Mi yugo es suave y mi carga ligera.—7. Contra el lujo en vestido y casa.
8. Aprended de Jesús Sacramentado.

TRATADO 7.º

- La Comunión y la Pasión de Cristo*..... 122
1. Admiración que pone el manjar eucarístico.—2. Adivinanza de Sansón.—3. Miel de la piedra.—4. Pasión de Cristo y Comunión.
5. No sabéis celebrar ni comulgar.—6. La mesa de la paz.

TRATADO 8.º

- Del propio conocimiento (incompleto)*..... 136
1. ¡Ay del que no se mira!—2. Tu tormento será mirarte.—3. Transformación que causa el propio conocimiento.—4. El demonio pone desmayo en el propio conocimiento.—5. La Comunión, esfuerzo del alma.

TRATADO 9.º

- Contra la concupiscencia, la Sagrada Comunión.* 145
1. Reliquias del pecado original.—2. Cautelas necesarias.—3. El tibio es desdichado.—4. Jesucristo, Pastor y Médico de las almas.—5. Cristo, Pastor en su vida mortal.—6. Y en su vida eucarística.—7. Si no os sana la Eucaristía es porque comulgáis de tarde en tarde.—8. O porque no comulgáis con fervor.—9. O porque no vivís como quien comulga.—10. ¡Luchad y comulgad!

	Págs.
TRATADO 10.	
<i>Cristo es nuestra cabeza</i>	166
1. Nuestra unión con Cristo.—2. Adán, cabeza deshonrada de los hombres.—3. Cristo, nuestra gloriosa Cabeza.—4. Propiedades de nuestra Cabeza.—5. El pecado nos hace bajar la cabeza: mas por Cristo la levantamos.—6. Cristo humilló su cabeza para que levantemos la nuestra.—7. Cristo abogó por nuestros pecados como si fueran suyos.—8. Ni Cristo tiene que ver con el infierno, ni nosotros.—9. Escondidos en el rostro de Cristo.	
TRATADO 11.	
<i>Preparación para la Comunión</i>	184
1. Introducción.—2. La carne de Adán, pecadora, y la carne de Cristo salvadora.—3. Comulgad con fe viva.—4. Comulgad con amor a Cristo: entrega total.—5. Un solo corazón: el de Cristo.—6. Tesoro que tenemos en Cristo.	
TRATADO 12.	
<i>Señales de la verdadera Iglesia</i>	201
1. En el cenit del amor.—2.—Jesús cumple la Ley.—3. Sólo en la Iglesia romana celebra Cristo la Cena.—4. Fe y Sacramentos hay en la verdadera Iglesia.—5. El Papa, señal de la verdadera Iglesia.—6. Jesús a la mesa con sus discípulos.—7. Lavatorio de los pies.	
TRATADO 13.	
<i>La Procesión del Corpus (II). Primera parte: Señoras: respetad la Procesión</i>	214
1. Las cosas santas se han de tratar santamente.—2. Nada tan santo como la Eucaristía.—3. Muchas harán mañana fiesta a su	

propio cuerpo.—4. Tú, que robas a Cristo las miradas de los hombres.—5. ¡Arrojadla de la ventana!—6. «¿Qué se me da a mí?» 7. ¡Ni tenéis caridad, ni tenéis parte con Cristo!—8. ¡Cazadoras de almas!—9. No eres del todo casta.—10. «Soy amiga de galas; mas no a mala parte».—11. ¡Ay de la oveja que hace cocos al lobo!—12. «Lo hago por amor del marido»—13. Daños del lujo.

Segunda parte: A los mancebos.—A todos..... 246

1. ¡Miráis la Hostia con ojos lascivos!—2. Sacrificáis almas en presencia de Cristo.—3. ¡Oh día del Corpus Christi!—4. Deber de las autoridades.—5. Temamos no se vaya Cristo.—6. Santificaos para mañana.—7. Reverencia en la procesión.—8. Mirando la sagrada Hostia.—9. Hermosura de Jesús sacramentado.—10. Frutos de la procesión.

TRATADO 14.

El Pan celestial..... 273

1. La vida de Dios se alimenta con la Verdad y Bondad infinitas.—2. La vida del Angel se alimenta con el pan de la divinidad.
3. El hombre, excluido del convite divino.—4. Cristo, Pan del cielo.—5. La Eucaristía y la Encarnación.—6. Si tenéis fe, ¿por qué no recibís el Pan celestial?—7. ¡Ay de los grandes que no comulgan!—8. Quejas divinas.—9. ¡Despreciáis el Pan celestial!—10. Vanas excusas.—11. La tierra, convertida en cielo.—12. Pan del cielo, vida celestial.—13. ¡Ay de los predicadores tibios!—14. Comulga con fervor y te harás celestial.—15. El convite del rey Asuero y la Comunión.—16. La Comunión, figura del convite del cielo.
17. La Mesa eucarística y el juicio final.—18. ¡Cuán amadas son tus moradas!

	Págs.
TRATADO 15.	
<i>La Eucaristía, retablo de las maravillas de Dios.</i>	313
1. Introducción: El convite de Asuero.—2. Hizo memoria de sus maravillas.—3. La Eucaristía y los misterios de la santa Infancia.—4. La Eucaristía y los milagros de la vida pública. 5. Estáis tibios porque no comulgáis.—6. Viene a vosotros, ¿y no le recibís?—7. Bien se os conoce que no comulgáis.—8. La Comunión, figura y prenda de la gloria.—9. Señal de buena comunión; no el gusto, sino el vencimiento propio.—10. Conclusión.	
TRATADO 16.	
<i>La Comunión, prenda de vida eterna.....</i>	337
1. Cristo, vencedor de nuestra muerte.—2. La Comunión, áncora de nuestra esperanza.—3. Recibir a Cristo peregrino, señal de salvación.—4. No recibir a Cristo. señal de reprobación.—5. Cristo preso y desterrado, ¡recíbele!—6. Tiene hambre y sed, ¡aliméntale!—7. Cristo desnudo, ¡vístele!—8. Sea tu pecho sepulcro de Cristo vivo.—9. Recompensa eterna.—10. Cristo se entrega a ti; no te negará el cielo.—11. El cielo por los méritos de Cristo. Confianza en la divina Bondad.	
TRATADO 17.	
<i>La Comunión, remedio contra el pecado venial.</i>	361
1. Introducción. Cristo vino a destruir el pecado.—2. El pecado venial es pecado: ofensa de Dios.—3. El pecado venial es mancha y enfermedad del alma.—4. Castigo del pecado venial.—5. Desigualdad de penas en el Purgatorio.—6. Diversa gravedad de los pecados veniales.—7. Por la Comunión se perdonan los veniales.—8. Limpieza del alma para comulgar.—9. Cristo es fuego purificador.—10. Contra pecados veniales, el Sacramento del amor.	

TRATADO 18.	Págs.
<i>Fiesta y Procesión del Corpus (III)</i>	385
1. El arca de Dios.—2. La santa Humanidad de Cristo.—3. Institución de la fiesta del Corpus.—4. Indulgencias de la fiesta del Corpus.—5. Reverencia en la procesión. El castigo de Oza.—6. Los que llevan sobre sus hombros el gobierno del pueblo.—7. Los que llevan a hombros la Eucaristía.—8. Pureza de conciencia. Castigo de los betsamitas.—9. Deberes del rey, a imitación de David.—10. Deberes de los señores.—11. Espíritu con que todos han de ir en la procesión.	
TRATADO 19	
<i>El Maná celestial</i>	414
1. Dios sustenta a todos los vivientes.—2. Al pueblo escogido sustentó con el maná.—3. El Pan del cielo.—4. <i>Panis angelicus, fit panis hominum</i> .—5. Por qué te fastidia el Maná celestial.—6. ¡Más le costó a Cristo!—7. La Comunión, fortaleza del Mártir.—8. Contra el pecado mortal, la Comunión.—9. ¡El Deseado causa hastío!—10. Dichosos los que tienen hambre de Cristo.	
TRATADO 20.	
<i>El Corazón de Dios Padre</i>	441
1. ¿Cómo herir con saeta de amor el corazón de Dios Padre?—2. Cristo es el corazón de Dios Padre: está patente para que se lo robemos.—3. Para herir al Padre en el corazón, amar a Cristo y comulgar.—4. Cristo muere por granjearnos el amor del Padre. 5. Sólo en Cristo nos ama el Padre.—6. La predestinación de cristo: la nuestra.—7. Incorporados en Cristo por la Comunión.	

TRATADO 21.	Págs.
<i>Una persona mística con Cristo</i>	457
1. Unión inefable.—2. El nuevo Adán.—3. Cristo es nuestra cabeza.—4. Nuestros son los méritos de Cristo.—5. Una persona mística con Cristo.—6. La Comunión nos incorpora a Cristo.—7. La Comunión nos convierte en Cristo.—8. Comunicación de nombres entre Cristo y nosotros.—9. ¡Oh inestimable amor de caridad!—10. En Cristo Jesús.	
TRATADO 22.	
<i>La Eucaristía, dulce remedio del alma</i>	477
1. Introducción.—2. El misterio de Cristo.—3. La Comunión, remedio de todos tus males. 4. En espíritu blando.—5. Qué hace Cristo en la Eucaristía.—6. Contra los deleites mundanos.—7. El hombre come pan de ángeles. 8. Preparación para comulgar.	
TRATADO 23.	
<i>Un caso de conciencia sobre la Comunión</i>	491
Pregunta.	
TRATADO 24.	
<i>Empeño del amor divino. (Fragmento)</i>	497
1. Lucha del amor divino con nuestra ingratitude.—2. Viene el Esposo.	
TRATADO 25.	
<i>La Comunión realza nuestras buenas obras</i>	502
1. Grandes efectos ha de obrar tan gran sacramento.—2. Magnificencia de Cristo con los que le albergaron.—3. Cristo se nos da por Cabeza, y con Él todos los bienes.—4. Cristo ejecuta y avalora nuestras buenas obras.	

ÍNDICE

	Págs.
TRATADO 26.	
<i>Acordaos de Mí</i>	514
1. Gran remedio la memoria de Dios.—2. Dulce recuerdo de la Pasión de Cristo.—3. La Pasión de Cristo, recuerdo eficaz.—4. Quéjase Cristo de nuestro olvido.—5. <i>Haced esto en memoria mía</i> .—6. La Comunión enciende el alma.—7. Sé bien agradecido.—8. Comunión frecuente.	
TRATADO 27.	
<i>Efectos de la sagrada Comunión</i>	529
1. Salutación.—2. Hambre de Dios.—3. <i>Yo estoy con vosotros</i> .—4. La confesión devuelve la vida.—5. La Comunión cura las reliquias del pecado.—6. La Comunión nos incorpora con Cristo.—7. Comunión frecuente.—8. Preparación.	